



Identificar las verdades evidentes.

Sin duda, nunca repetimos suficientemente la existencia de ciertas verdades que son evidentes. La primera tarea de la agricultura es alimentar a los seres humanos. El último informe de la FAO sobre el estado de la inseguridad alimentaria indica que el hambre en el mundo progresa. Las estimaciones más recientes revelan que 923 millones de personas sufrieron el hambre en 2007, lo que implica un aumento de más de 80 millones de personas en relación al periodo de referencia 1990-1992. En 2050, seremos cerca de 9 mil millones de hombres y mujeres sobre el planeta. Brindar una alimentación segura, de calidad y sostenible para todos es un verdadero desafío para los agricultores del mundo. Lograr la seguridad alimentaria de las poblaciones y preservar los recursos naturales al mismo tiempo, es el desafío que presenta el inicio del siglo XXI.

Al mismo tiempo, sabemos que los “avances” de la agricultura han mostrado ser catastróficos desde el punto de vista del ambiente y que ella ha provocado la disminución del nivel de productividad agrícola, cuando el mundo necesita duplicar su producción para alimentar a esos 9 mil millones de seres humanos en 2050.

Se trata entonces de desarrollar, en la actualidad, las agriculturas destinadas a la alimentación, opción indispensable para la supervivencia de las poblaciones de regiones que sufren malnutrición. Para ello, es necesario el aumento del rendimiento y de las superficies cultivadas. Estas regiones deben ser ayudadas a fin de poder movilizar sus capacidades de desarrollo a través de la formación, de la difusión del progreso técnico y aportando respuestas a las cuestiones ligadas al acceso a la tierra y al acceso y a la gestión del agua. La investigación puede ser, desde esta perspectiva, uno de los motores del progreso sostenible.

Es la soberanía alimentaria lo que está en juego. Desde este punto de vista, el mapa de la “bio-industria” promovida por ciertos gobiernos y grupos, aún cuando pudo parecer en cierto momento una de las vías para asegurar la preservación de una agricultura y luchar contra el cambio climático, se muestra *in fine* extremadamente peligrosa, al sacrificar la función alimentaria de la agricultura sobre el altar de un petróleo “verde”, pero que no fomenta modos de vida más sostenibles.

La supervivencia de las políticas agrícolas, cualesquiera que sean, depende entonces de un cambio profundo de paradigma. Se hace necesario ahora, poner en primer lugar las prioridades que combinan imperativamente seguridad alimentaria, protección de los recursos naturales, cambio climático, desarrollo rural y de los empleos y esto, desde una perspectiva de solidaridad Norte/Sur.

Aún queda mucho por hacer para alimentar bien a los hombres.

Laurence Boy.

